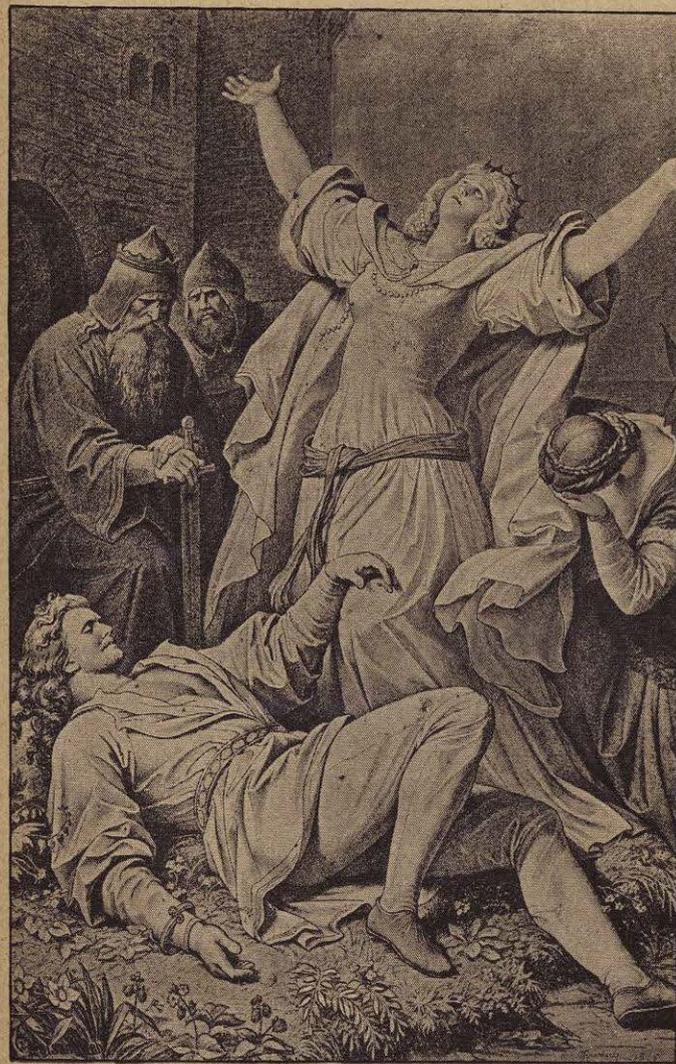
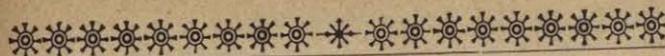


CAPITOLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V.A. 11.1





ACTO III

Jardines de un castillo. A un lado las altas paredes del edificio; á otro lado un parapeto poco elevado, y en medio una atalaya. Al fondo, la puerta del castillo. El castillo se representa situado en lo alto de un peñasco; al través de las troneras se ve el mar que se extiende hasta el horizonte. El conjunto tiene el aspecto de un castillo abandonado desde hace mucho tiempo, mal cuidado; por una y otra parte piedras desplomadas y maleza. Delante de la escena, á un lado, Tristán echado á la sombra de un gran tilo; duerme sobre un lecho; diríase que está tendido sin vida. A su cabecera está sentado Kurwenal, encorvado sobre él con pena, y observando su respiración con inquietud. Al levantarse el telón, óyese de afuera una melodía pastoril, llena de languidez y tristeza, tocada con un caramillo. Al fin aparece el mismo pastor de medio cuerpo encima del parapeto, y mira al patio con interés.

ESCENA I

KURWENAL, el PASTOR, TRISTAN

EL PASTOR (con suavidad).—Kurwenal! Hé! Hola, Kurwenal! Escucha, amigo! (Kurwenal vuelve hacia él la cabeza.) ¿No se ha despertado todavía?

KURWENAL (meneando la cabeza con tristeza).—Si despertata, sería sólo para dejarnos para siempre, si antes no hubiese aparecido la «mano salutífera»,

que es la única que puede socorrernos. ¿Nada has visto todavía? ¿Ningún buque en el mar?

EL PASTOR.—Tú habrás oído otra melodía, la más alegre que sé. Habla ahora con franqueza, viejo amigo: ¿qué le pasa á nuestro señor?

KURWENAL.—No lo preguntes; jamás podrás saberlo. Acecha con celo, y si vieres el buque, entonces toca una melodía agradable y viva.

EL PASTOR (volviéndose, mira á lo lejos con las manos sobre sus ojos).—El mar está vacío y desierto. (Aplica los labios al caramillo y desaparece tocándolo; á cierta distancia oýese todavía por un instante la melodía.)

TRISTÁN (después de largo silencio, sin moverse, con voz apagada).—La antigua melodía. ¿Qué me despierta? (Abriendo los ojos y volviendo la cabeza.) ¿Dónde estoy?

KURWENAL (tiembla de espanto, escucha y observa).—¡Ah! la voz! su voz! Tristán! Mi héroe! Mi Tristán!

TRISTÁN.—¿Quién me llama?

KURWENAL.—Al fin! al fin! La vida! ¡Oh vida, dulce vida... devuelta á mi Tristán!

TRISTÁN (incorporándose un poco en la cama).—Kurwenal, eres tú? ¿Dónde estaba yo? ¿Dónde estoy?

KURWENAL.—En Kareol, señor: ¿no conoces el castillo de tus padres?

TRISTÁN.—¿De mis padres?

KURWENAL.—Mira en torno tuyo!

TRISTÁN.—¿Qué sonidos oí?

KURWENAL.—La melodía del pastor, oístela otra vez; á la falta del monte guarda tu ganado.

TRISTÁN.—¿Mi ganado?

KURWENAL.—Sí, señor! Tuyos son la casa, el recinto y el castillo. Tus vasallos, fieles á su amado señor, cuidaron, lo mejor que pudieron, de la casa y del ganado que un día mi héroe dió en herencia

y en propiedad á sus gentes, á su pueblo, cuando todo lo abandonó para ir á lejanas tierras.

TRISTÁN.—¿A qué tierras?

KURWENAL.—Ay! A Cornualles; osado y feliz, cuánta fortuna, esplendor y honores alcanzó Tristán por sus nobles acciones!

TRISTÁN.—¿Estoy en Cornualles?

KURWENAL.—No: en Kareol.

TRISTÁN.—¿Cómo vine?

KURWENAL.—¡Ah! ¿cómo viniste? No á caballo, una barca te condujo: y yo en hombros te llevé á la barca: anchas son las espaldas que te llevaron á la playa. Ahora estás en tierra, en tu casa, en la verdadera tierra, en el suelo patrio, en tus propios prados, el país de tus delicias, alumbrado por el viejo sol. En él sanarás felizmente tus heridas y te librarás de la muerte.

TRISTÁN (después de breve silencio).—A ti te lo parece; yo sé que es de otro modo, pero no puedo decírtelo. No me detuve donde me desperté; pero no puedo decírtelo. No me detuve donde me desperté; pero no puedo decirte dónde me detuve. No ví el sol, ni el país ni la gente: pero lo que ví no te lo puedo decir. Estaba yo donde estuve hace tiempo, adonde iré para siempre: en el vasto imperio de la noche universal. Una sola ciencia propia conocemos allí: el divino, eterno y primitivo olvido... ¿cómo perdí su presentimiento? Avido recuerdo, ¿eres tú quien poco há me has impelido á la luz del día? Lo que sólo me ha quedado, una llama ardiente de amor, me lanza del delicioso crepúsculo de la muerte para contemplar la luz, que clara y dorada aparece engañosa para ti, Isolda! (Kurwenal, sobrecogido de espanto, oculta la cabeza.)

TRISTÁN (incorporándose poco á poco).—Isolda está todavía en el reino del sol! Isolda está todavía en el resplandor del día! Qué ardiente y angustioso deseo de verla! Oí cerrarse ya tras de mí con estré-

pito la puerta de la muerte: se abre otra vez de par en par; los rayos del sol la reventaron; con los ojos inundados de luz he de salir del océano de la noche; buscarla, verla, hallarla, perderse y desaparecer solamente en ella, séale permitido á Tristán! Ay, en torno mío crece pálido y angustioso el indomable tormento del día! Su astro penetrante y engañoso despierta mi cerebro á la mentira y á la ilusión! Maldito día con tu claridad! ¿Aumentarás tú eternamente para mi martirio? ¿Arderá eternamente esa luz, que aun de noche me alejaba de ella espantado? ¡Ah! Isolda! Dulce amiga! ¿Cuándo ¡ah! cuándo apagarás la antorcha, para anunciarme mi felicidad? ¿Esa luz, cuándo se apagará? ¿Cuándo será de noche en tu casa?

KURWENAL (con viva emoción).—A la que un día ultrajé por fidelidad para contigo, he de desearte ahora impaciente como tú! Cree mi palabra, la verás aquí; hoy mismo podré darte este consuelo, si todavía vive.

TRISTÁN.—No está aún apagada la luz, no es de noche todavía en su casa. Isolda vive y vela; me llamó desde el seno de la noche.

KURWENAL.—Si vive, deja que la esperanza te sonría. Hoy no debes burlarte de Kurwenal aunque te parezca imbécil. Como muerto has estado desde el día en que Melote, el traidor, te causó una herida: ¿cómo se curará esta herida funesta? Creo, aunque imbécil, que quien te cerró la que en otro tiempo te causó Moroldo, fácilmente curará las llagas abiertas por la espada de Melote. Esta mano bienhechora pronto la hallé; he enviado á Cornualles; un hombre fiel te traerá por mar á Isolda.

TRISTÁN (fuera de sí).—Isolda viene! Isolda se acerca! Oh fidelidad! augusta, magnánima fidelidad! Mi Kurwenal, íntimo amigo, tú fiel sin vacilar, ¿de qué manera debe Tristán agradecértelo? Mi escudo, mi parapeto en el combate y en la lucha! y para mí siempre dispuesto en las alegrías y en las penas:

aborreciste á quien odié, amaste á quien he amado. Al buen Marke serví yo lealmente ¡como para él fuiste más fiel que el oro puro! Hube de hacer traición al noble señor, y tú ¡cómo le engañaste con tan buena voluntad! No te perteneces, eres mío únicamente; sufres conmigo cuando sufro; sólo que, lo que sufro, no puedes sufrirlo! Este terrible deseo que me devora; este fuego implacable que me consume, si pudiera decírtelo, si pudieras comprenderlo, no te quedarías aquí, irías volando á la atalaya, y con todas tus potencias descubrirías á lo lejos, dónde se hinchan sus velas, dónde para encontrarme hacia mí navega impelida por los vientos Isolda, estimulada por el aguijón del amor. Se acerca, se acerca con velocidad intrépida! Ondeada, ondea en el palo pabellón. El buque, el buque! Pasa rasando los escollos! ¿No lo ves? Kurwenal ¿no lo ves?

(Kurwenal, que no quiere dejar á Tristán, titubea, y Tristán le mira con muda impaciencia; entonces se oye cerca, como al principio, y después alejándose poco á poco, la lastimera melodía del pastor.)

KURWENAL (con abatimiento).—No hay ningún buque á la vista.

TRISTÁN (mientras escucha, cede poco á poco su exaltación, después empieza con tristeza que va en aumento).—¿Debo comprenderte, antigua y seria melodía, con tus sonidos lastimeros? Por entre la brisa de la tarde llegaba á mis oídos melancólica cuando un día me anunció, todavía niño, la muerte aún cuando mi corazón filial supo el destino de mi madre. Cuando mi padre me engendró y murió, y mi madre expirando me dió á luz, la antigua melodía les llevaba sus sonidos lánguidos y tristes. Un día me preguntaba y me pregunta ahora, ¿para qué destino nací entonces? ¿para qué destino? Me dice otra vez la antigua melodía: ¡para desear y morir, morir y desear! ¡No! ¡oh, no! no lo dice

así: ¡desear! desear! ¡Desear hasta en la muerte, no morir de deseo! Ella no muere, suspirando por el reposo de la muerte invoca á la lejana dispensadora de la salud. Muriendo, yacía yo mudo en la nave-cilla; el veneno de la herida se acercaba al cora-zón; la melodía dejaba oír sus sonidos quejum-brosos y llenos de deseo; el viento hinchaba la vela y nos impelía hacia la hija de Irlanda. La he-rida, que curó con sus remedios, abríola otra vez con la espada: pero dejó caer la espada y dióme á beber la bebida emponzoñada; cuando esperaba yo completa curación, escogióme el hechizo más dañoso para que jamás hubiese de morir, para legarme un tormento eterno. ¡Oh bebida! ¡oh be-bida! ¡terrible bebida! ¡cómo me subía con furia del corazón á la cabeza! Ningún remedio, ni la dulce muerte, pueden librarme de la tortura del de-seo ardiente. En parte alguna, ¡ah! en ninguna parte encuentro descanso; la noche me lanza al día para que mis ojos sean eternamente pasto del ojo del sol. ¡Oh abrasador rayo del sol, ¿cómo su can-dente tormento abrasa mi corazón! Para estos ar-dores que consumen y abaten ¡ah! no hay una sombra que abrigue refrescando! ¿Qué bálsamo pue-de proporcionarme alivio para el horrible marti-rio de esos dolores? La terrible bebida que me ha confiado al suplicio, yo mismo, yo mismo... yo la preparé! De las desventuras de mi padre y de los sufrimientos de mi madre, de las lágrimas de amor que he derramado, de la risa y del llanto, de los placeres y de los dolores he formado yo los venenos de esta bebida! Yo la preparé, por mi vertida, á sorbos he gozado de su deleite... ¡Maldita seas, terrible bebida! ¡maldito, quien te preparó!

(Cae desvanecido.)

KURWENAL (que se esforzó en vano para calmar á Tristán, da grandes gritos de espanto).—¡Mi señor! ¡Tristán!... ¡Espantoso hechizo!... ¡Oh engaño del amor! ¡oh tiranía del amor! Ilusión la más querida

del mundo, ¡cuán perdida estás!... Aquí está tendi-do el hombre que prendaba á todos, que cual nin-guno amó: ¡ved ahora qué premio ha obtenido por ello el amor, qué premio obtendrá siempre! ¿Has muerto? ¿vives aún? ¿la maldición ha arrebatado tu alma? ¡Oh dicha! ¡no! ¡se mueve! ¡vive! ¡cuán suavemente mueve los labios!

TRISTÁN (volviendo en sí lentamente).—El buque... ¿no lo ves aún?

KURWENAL.—¿El buque? Seguramente hoy llegará; no puede tardar mucho.

TRISTÁN.—¿Y en él Isolda, hace señas... bebe por mí, reconciliación? ¿La ves? ¿no la ves aún? ¿va errando por los campos del mar feliz, majestuosa y apacible? Viene sobre ondas suaves de deliciosas flores, llevada dulcemente á tierra; su sonrisa me da consuelo y dulce reposo; me trae el último re-frigerio. ¡Isolda! ¡ah, Isolda! ¡cuán graciosa, cuán bella eres!... ¡Y tú, Kurwenal, ¿cómo? ¿no podrías verla? Sube á la atalaya, tú de vista débil, ¿es po-sible que no percibas lo que veo con viva claridad? ¿no me oyes? ¡A la atalaya, sin perder mo-mento! ¡volando, á la atalaya! ¿Estás ya? ¡El bu-que, el buque! El buque de Isolda... ¡debes de ver-lo, debes de verlo! El buque... ¿no podrías verlo?... (Mientras Kurwenal, titubeando, lucha aún con Tris-tán, el pastor hace oír desde fuera un aire alegre.)

KURWENAL (temblando de gozo y subiendo rápida-mente á la torre).—¡Oh placer! ¡oh alegría! ¡Ah! El buque! Véole venir de la parte del Norte.

TRISTÁN (con exaltación que aumenta).—¿No lo sabía? ¿no lo decía? ¿vive aún, teje la urdimbre de mi vida? Para mí todo se resume en Isolda, ¿cómo podría estar para mí fuera del mundo?

KURWENAL (volviéndose hacia la escena, grita de lo alto de la torre).—¡Viva! ¡viva! ¡cuán animoso navega! ¡con qué fuerza se hincha la vela! ¡cómo corre! ¡cómo vuela!

TRISTÁN.—¿El pabellón? ¿el pabellón?

KURWENAL.—El pabellón de la alegría ondea gracioso junto al gallardete.

TRISTÁN (al momento se incorpora en la cama).—
¡Satisfacción! ¡alegría! ¡brillante en la claridad del día á mi Isolda, Isolda á mí!... ¿Ves á ella misma?

KURWENAL.—Tras la roca ha desaparecido el buque.

TRISTÁN.—¿Detrás del escollo? ¿hay peligro? Allí los cachones rompen con violencia, los buques se estrellan... El timón, ¿quién lo guía?

KURWENAL.—El piloto de más experiencia.

TRISTÁN.—¿Me hará traición? ¿será el camarada de Melote?

KURWENAL.—¡Fía de él como de mí!

TRISTÁN.—¡Traidor también tú!... ¡Desdichado! ¿La vuelves á ver?

KURWENAL.—Todavía no.

TRISTÁN.—¡Perdida!

KURWENAL.—¡Viva! ¡viva! ¡ha pasado! El buque se dirige al puerto, ha entrado con seguridad en la corriente.

TRISTÁN.—¡Viva! Kurwenal! fidelísimo amigo! Hoy mismo legaré todos mis haberes y todos mis bienes.

KURWENAL.—Se acercan volando.

TRISTÁN.—¿Por fin la ves? ¿ves á Isolda?

KURWENAL.—¡Es ella! ¡hace señas!

TRISTÁN.—¡Oh mujer la más dichosa!

KURWENAL.—¡La nave está en el puerto!... Isolda... ¡Ah! De un salto se lanzó de á bordo á la playa.

TRISTÁN.—¡Baja de la atalaya! ¡bobalicón perezoso! ¡baja! ¡baja á la playa! ¡corre á ayudarla! ¡ayuda á mi señora!

KURWENAL.—La llevaré hasta aquí: ¡fía en mis brazos! ¡Y tú, Tristán, no te muevas de la cama!

(Se va precipitadamente por la puerta del castillo.)

TRISTÁN (solo).—¡Ah! ¡oh sol! ¡oh día! ¡oh día radiante de felicidad! ¡sangre que mana, ánimo ebrio de gozo! Deleite sin medida, delirio de alegría:

¿cómo soportarlos, encadenado en este lecho? ¡De pie y en marcha hacia los corazones que laten! ¡Tristán, el héroe, en fuerza de la alegría se ha sustraído á las garras de la muerte! Con una herida que manaba sangre combatí á Moroldo: con una herida que mana sangre voy á conquistar á Isolda. ¡Viva! ¡mi sangre corre ahora alegremente! La que me cerrará la herida para una eternidad, se acerca como un héroe, viene á traerme la salud: ¡acabe el mundo á medida de mi alegre impaciencia!

(Se levanta prontamente y se lanza del lecho.)

LA VOZ DE ISOLDA (desde fuera).—¡Tristán! ¡Tristán! ¡amado!

TRISTÁN (en la más terrible agitación).—¡Oigo la Luz! La antorcha... ah! La antorcha se apaga! A ella! A ella!

ESCENA II

ISOLDA, TRISTÁN, KURWENAL

(Se precipita, bamboleando, al encuentro de Isolda, que entra con paso acelerado. Encuéntranse en medio de la escena.)

ISOLDA.—¡Tristán! Ah!

TRISTÁN (cayendo en los brazos de Isolda).—¡Isolda!...

(Levanta á ella la mirada, se baja sin vida en sus brazos, y cae en tierra lentamente.)

ISOLDA (después de haber dado un grito).—¡Soy yo, soy yo... dulcísimo amigo! Levántate! Otra vez! Es-

cucha mi voz! ¿No atiendes? Isolda te llama: Isolda ha llegado, para morir fielmente con Tristán... ¡Enmudeces á mis súplicas! Sólo una hora... Una hora solo mantente despierto por mí! He velado tantos días de angustia para velar una hora contigo. ¿Tristán la frustrará á Isolda, le frustrará este instante único, minuto eterno, suprema felicidad del mundo?... La herida... ¿dónde está? Deja que la cure, para que sanos y salvos compartamos la noche. No mueras de la herida, no, no te me mueras de la herida! Reunámonos, extingase la llama de la vida!... La mirada apagada!... Inmóvil el corazón!... Tristán infiel, ¿para mí este dolor? ¿Ni la más leve espiración del aliento? ¿Ha de estar de pie á tu presencia sollozando la que vino intrépida por mar para contraer contigo un feliz enlace? ¡Demasiado tarde! Demasiado tarde! Hombre cruel! ¿Así me castigas con la más rigurosa proscripción? ¿Sin favor por mi deuda de dolor? ¿No podré manifestarte mis lamentos? Una vez solamente, ah! No más que una vez!... Tristán... ah! Escucha... despierta! Amado... La noche!

(Cae desfallecida sobre el cadáver.)

ESCENA III

ISOLDA, KURWENAL, el PASTOR, el PILOTO

(Kurwenal acude al momento, tras de Isolda; sin voz, con terrible ansiedad, ha presenciado la escena, teniendo fija é inmóvil la mirada en Tristán.

De repente, óyese llegar del fondo del escenario un sordo tumulto y ruido de armas. El pastor llega salvando el parapeto y acercándose rápidamente á Kurwenal, le habla en voz baja.)

EL PASTOR.—¡Kurwenal! Escucha! Otro buque! (Kurwenal tiembla, y mira por encima el parapeto, mientras el pastor conmovido contempla de lejos á Tristán y á Isolda.)

KURWENAL (con un estallido de cólera).—¡Muerte é infierno! Todo, dispuesto! He reconocido á Marke y á Melote!... Armas y piedras! Ayúdame! A la puerta!

(Se lanza con el pastor á la puerta, y ambos procuran atrancarla con prontitud.)

EL PILOTO (entra precipitadamente).—Marke con marineros y soldados me sigue... inútil es la defensa! Somos vencidos!

KURWENAL.—Ponte aquí, y ayuda! En tanto que viva, nadie penetrará!

BRNGANIA (óyese su voz de fuera y de debajo).— ¡Isolda, señora!

KURWENAL.—¿La voz de Brangania? (Gritando hacia abajo:) ¿Qué buscas aquí?

BRNGANIA.—No cierres, Kurwenal; ¿dónde está Isolda?

KURWENAL.—¿Traidora también tú? ¡Ay de ti, infame!

MELOTE (su voz llega de afuera).—¡Abajo, puerta! No nos detengas más tiempo!

KURWENAL (con una carcajada terrible).—¡Viva el día en que te encuentre! Muere, traidor infame!

ESCENA IV

Los anteriores, MELOTE, MARKE, BRANGANIA

(Melote rodeado de hombres armados aparece en el umbral. Kurwenal cae sobre él y le deja tendido en el suelo.)

MELOTE (expirando).—¡Ay de mí!... Tristán!

BRANGANIA (siempre afuera).—¡Kurwenal! Insensato! Escucha, tú te engañas.

KURWENAL.—¡Doncella infiel! Adelante! Sígueme! Reclázalos! (Luchan.)

MARKE (todavía fuera de la escena).—¡Alto, furioso! Has perdido la cabeza!

KURWENAL.—Aquí anda suelta la muerte. Aquí, rey, no hay que buscar otra cosa: si la prefieres, ven! (Adelántase hacia él.)

MARKE.—¡Atrás, insensato!

BRANGANIA (llega á salvar la muralla por ese lado, y corre hacia adelante de la escena).—¡Isolda! señora! Dicha y salud!... Qué veo, ah! ¿vives? ¡Isolda!

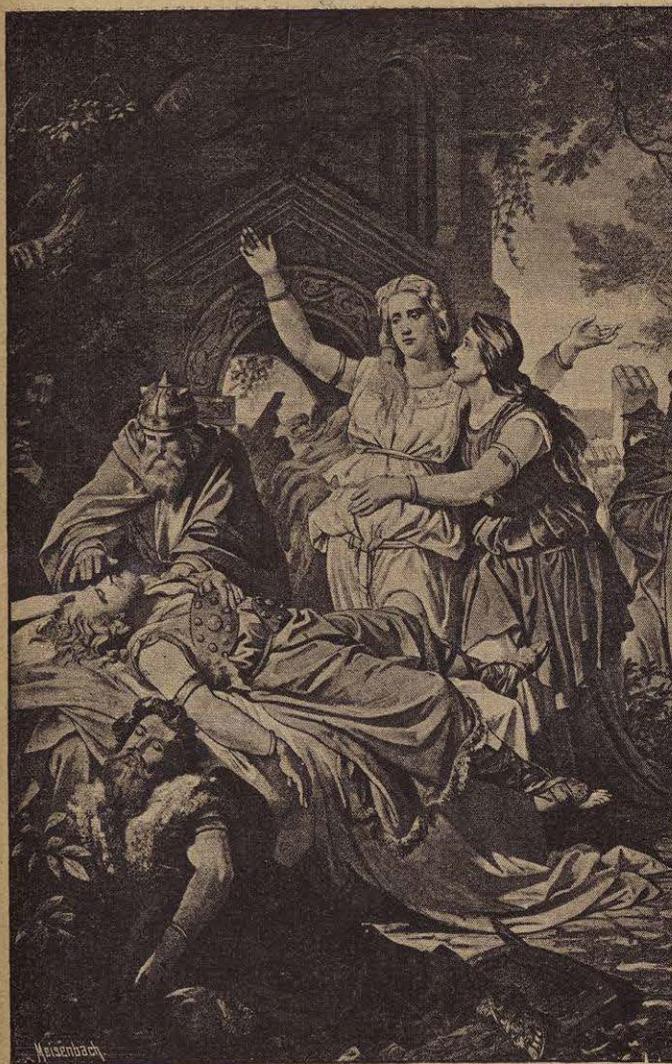
(Precipítase sobre Isolda, y la socorre con solicitud.

Durante este tiempo, Marke y sus acompañantes han rechazado á Kurwenal y á sus comaradas: entre el rey; Kurwenal, gravemente herido, retrocede bamboleando ante él, hacia el proscenio.)

MARKE.—¡Oh engaño é ilusión! Tristán ¿dónde estás?

KURWENAL.—Allí yace... Allí... aquí, donde yazgo...! (Se postra á los pies de Tristán.)

MARKE.—¡Tristán! Tristán! Isolda! Oh desdicha!



KURWENAL (tomando la mano de Tristán).—¡Tristán! Fiel! No te irrites de que tu amigo fiel vaya también contigo! (Expira.)

MARKE.—¡Todos han muerto! ¿Han muerto todos? ¡Mi héroe! Mi Tristán! Fidelísimo amigo! ¿También hoy harás traición al amigo? ¿Hoy, que viene á asegurarte la suprema fidelidad? ¡Despierta! Despierta! Despierta á mis lamentos, infiel y fidelísimo amigo!

BRANGANIA (que ha levantado entre sus brazos á Isolda).—¡Respira! Vive! Isolda, oye! Escúchame, dulcísima señora! Permite que te dé una agradable noticia; ¿no tienes confianza en Brangania? Ella ha expiado la falta de su irreflexión; apenas habías tú desaparecido, cuando al momento se fué al encuentro del rey: luego que éste supo el secreto de la bebida, se lanzó con inquietud precipitadamente al mar para darte alcance, renunciar tu mano y conducirte á tu amigo.

MARKE.—¿Por qué, Isolda, por qué esta desconfianza de mí? Desde que se me hizo patente lo que antes no podía comprender, ¡cuán dichoso soy por haber hallado libre de culpa al amigo! Para casarte con un hombre tan querido, partí á toda vela; pero ¿cómo puede, el que trae la paz, detener la desgracia en su impetuosa carrera? Yo aumenté la cosecha de la muerte: el error ha acumulado los dolores!

BRANGANIA.—¿No nos oyes? ¡Isolda! Querida! ¿No escuchas á tu doncella fiel?

ISOLDA (que mira sin comprender, como extraña á la escena, fija al fin sus ojos en Tristán).—¡Qué suave y dulce sonrisa! cómo abre graciosamente los ojos! Vedle, amigos, ¿no le veis? Cómo brilla con luz siempre más clara! Cada vez más amable se levanta despidiendo los rayos de luz de las estrellas: vedle, amigos, ¿no le veis? Se hincha su corazón, brota en su seno un manantial abundante y majestuoso; de sus labios se escapa suavemente

un aliento dulce y deleitoso... amigos, ved... ¿no le percibís, no le veís?... ¿Yo sola oigo esa melodía, tan admirable y misteriosa, deliciosamente lastimera, que todo lo dice, dulcemente consoladora, que pariendo de él me arrebatara consigo y me penetra; y hace resonar en torno mío sus ecos graciosos? ¿Esos más claros sonidos, que corren á mis oídos, son las ondas de brisas suaves? ¿Son olas de vapores? En las grandes olas del mar de delicias, en la sonora armonía de ondas de perfumes, en el alienato infinito del alma universal, perderse... abismarse... inconsciente... supremo deleite!

(Isolda como transfigurada, cae suavemente, entre los brazos de Brangania, sobre el cadáver de Tristán. Admiración y emoción profunda entre los espectadores. Marke bendice los cadáveres. Baja lentamente el telón.)

FIN DE TRISTAN E ISOLDA

LOS
MAESTROS CANTORES

DE NUREMBERG

ÓPERA EN TRES ACTOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN

POR

ALFREDO WIEDERKEHR